

CRONISTAS DE INDIAS. ANTIGUOS Y MODERNOS

Mercedes Serna Arnaiz

INTRODUCCIÓN

Frente a la concepción historiográfica de nuestro tiempo, al estudiar a los antiguos y a los renacentistas nos hallamos en la prehistoria de la historiografía. En la época del renacimiento, como explica Víctor Frankl¹, el pensamiento histórico estaba fuertemente ligado a las concepciones legendarias del pasado. La verdad histórica tenía mucho que ver con el recuerdo, con la evocación, con una realidad espiritual oculta a los ojos de los hombres vulgares pero accesible a los dotados de una visión poética. La historiografía, por tanto, se nutre de leyendas antiquísimas, de profecías, de la tradición bíblica o del pensamiento platónico. Un ejemplo lo hallamos en la obra historiográfica de Alfonso X el Sabio. Sus fuentes recogen desde la mitología, pasando por los viajeros y geógrafos de la antigüedad, Pompeyo, Ptolomeo², los historiadores latinos, Ovidio, Lucano, la Biblia, hasta llegar a los cantares de gesta. Se funden pasado y presente, lo maravilloso y lo cotidiano, lo real y lo irreal.

En el pensamiento medieval, toda ciencia es una ciencia moral, toda historia es historia moral y toda sabiduría es suma de los saberes dispersos. Si la historia es la historia moral, el libro debe guardar las ideas que harán que una sociedad mantenga el orden debido. El saber es ortodoxo y está basado en el orden social. Así, como señala José Antonio Maravall³, en la edad medieval no se es sabio por traer cosas nuevas sino por acumular lo ya sabido. La tarea intelectual es, pues, la de copiar, coleccionar la suma de conocimientos posibles, acabados, delimitados, definitivos, para alcanzar al sabio antiguo.

La edad media estaba ligada a los antiguos. Fue discípula incondicional de los paganos por diversas causas, entre otras, porque necesitaba modelos, por la búsqueda de raíces y porque de ellos, fundamentalmente, venía la cultura. Los paganos son los padres de la cultura y por tanto debían guardar en sí la verdadera fe revelada. Ellos eran los transmisores de la verdad. La historiografía une lo sagrado y lo profano, lo histórico y lo probable.

A todo ello hay que agregar la concepción medieval de la historia como el desarrollo del propósito divino, lo que colocaría a la historia sagrada en el centro del pensamiento historiográfico. Todos los cronistas, sin excepción, parten de la idea de la prefiguración del Nuevo Mundo y del providencialismo en la historia, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos con respecto a los paganos⁴. Los clásicos son la máxima autoridad en filosofía natural y a ellos hay que acudir. De todo ello se infiere la tesis de Edmundo O'Gorman⁵ de que América “antes de ser una realidad fue una prefiguración fabulosa de la cultura europea”. La verdad histórica y la evocación poética (lirica, creativa) se dan la mano.

La imagen de América, la concepción del Nuevo Mundo, va a depender, entre otros muchos factores, de la interpretación que los primeros cronistas hacen de los textos clásicos. La percepción de América se basa en la adopción de antiguos mitos de origen clásico, asiático, medieval; también de los mitos precolombinos o indígenas. Entre las fuentes destacan, asimismo, los libros hagiográficos o los sucesos prodigiosos transmitidos por la tradición oral.

Los cronistas del Nuevo Mundo se sirvieron de textos clásicos para encontrar referentes directos que explicaran el descubrimiento. Apoyándose en el concepto de *auctoritas* de los escritores grecolatinos, así como en la Biblia y la Patrística pagana y cristiana, buscaron confirmación del nuevo suceso, confundiendo las fronteras entre realidad e imaginación. Además, la génesis de las crónicas radica, esencialmente, en un proceso de reescritura en que cada cronista se apropia, sin ningún tipo de pudor de otras crónicas (no existía en la época el concepto de originalidad), resultando de estas intertextualidades una serie de temas recurrentes o lugares comunes.

Las regiones míticas de Tarsis, Ofir, Saba, junto con las asiáticas de Catay, Manghi y Cipango, son los puntos de referencia de Colón. Estas regiones están tomadas de las concepciones cosmográficas de la antigüedad, de las obras de Ptolomeo, Marino de Tiro, Aristóteles, Posidonio y de las Sagradas Escrituras. La relación que hace Colón de La Española con Cipango se complementa con la identificación de una región de la misma isla con las míticas Tarsis y Ofir. Pedro Mártir señala, en su primera *Década*⁶, que Colón le contó que había encontrado la isla de Ofir, que hermanaba con La Española⁷. Las Casas confirma esta identificación de Colón del primer viaje citando una carta de Colón a los reyes en la que “aquella isla de Ophir o Monte de Sopora (adonde iba Salomón) dice aquí el Almirante ser aquesta isla Española que ya tenían sus Altezas”. Colón relaciona incluso una isla del Caribe (posiblemente la isla de Jamaica, según Manzano) con el reino de Saba.

Gonzalo Fernández de Oviedo traspone todos los mitos antiguos al Nuevo Mundo pues pretende continuar la *Historia natural* de Plinio. Cortés en sus *Cartas de relación*, se mide con los héroes de la mitología clásica para engrandecer su propia figura. Fray Toribio Motolinía, en su *Historia de los indios de Nueva España*, llama a México la Roma del Nuevo Continente y equipara el poder que ejerce la lengua de sus habitantes respecto a las restantes comarcas con el poder del latín con relación al resto de lenguas. Cervantes de Salazar, *Crónica de Nueva España*, también coteja la lengua mexicana con la latina. El Inca Garcilaso de la Vega, en el "Proemio al lector" de sus *Comentarios reales*, compara la ciudad del Cuzco con "la Roma en aquel Imperio" y las fábulas incas con las de los clásicos.

Como explica J. A. Maravall⁸, los cronistas, en general, siguen los pasos que distinguieron al humanista frente a la antigüedad: remedarlos, reproduciendo lo hecho por los antiguos; imitarlos, siguiendo su ejemplo; asimilarlos y superarlos "cuando la posesión de todos sus medios y de una mayor experiencia dé lugar a que siendo tanto como los antiguos se logre ser más que cualquiera de ellos".

Simón Valcárcel resume que en esta querrela de antiguos frente a modernos, "los cronistas españoles rompieron en mil pedazos la reverenda imagen de la antigüedad que los humanistas habían construido"⁹ porque poseían la convicción de que el descubrimiento y colonización de América era una hazaña que superaba con creces todas las realizadas por los antiguos. No obstante, el sentimiento de superioridad de los cronistas se revela en temas muy específicos y que tienen que ver con los avances "científicos", imposibles de refutar ni de soslayar ya en ese momento histórico. Así, todos los cronistas (pues parten del plagio) refutan las teorías de los antiguos en cuestiones ya demostradas como la esfericidad de la tierra, la inexistencia de antípodas, la inhabitabilidad de los trópicos, etc. Es decir, que los españoles asumen el papel de griegos y romanos y los superan en sus circunstancias, explica Maravall, "en el orden del imperio político, en el del saber que ha traído el descubrimiento del mundo y en el del dominio de mares y tierras". Tal actitud, al mismo tiempo, les sirve a los españoles para encumbrarse a sí mismos como héroes y realzar el valor personal (honor, fama, prebendas).

Simón Valcárcel encuadra las crónicas de Indias entre la crónica medieval castellana, nacionalista y providencialista, y el texto historiográfico humanista. El concepto historiográfico medieval no se despegaba de la idea providencialista, del imperialismo y nacionalismo, del regreso constante al pasado como modelo de virtud insuperable. La concepción historiográfica del humanismo se caracteriza por el cuidado por la forma, es decir, la relación indisoluble entre historia y retórica, y una actitud hacia

el pasado que ya no es de imitación sino de revisión para un mejor presente. Es decir que hay una reflexión crítica sobre el pasado con relación al presente. Por otro lado, se entiende que un hecho tiene distintas versiones, de las cuales ninguna es enteramente verdadera sino que todas poseen parte de la verdad. Ningún escritor de Indias se sustrajo a los criterios de la historiografía medieval. Los más modernos, Francisco López de Gómara, José de Acosta o el Inca Garcilaso de la Vega, consiguieron integrar algunos elementos humanistas, pero todos obedecen a una serie de dictados historiográficos de corte medievalista. No obstante, dicho al revés, hasta los cronistas de Indias que no tuvieron una educación humanista, no accedieron a los *studia humanitatis*, incorporaron a sus textos algunas de las nociones historiográficas del humanismo.

Las crónicas se apoyan en la idea de que la historia es historia moral (siguiendo el pensamiento medieval—cuyo modelo es la Biblia—, que entiende que la realidad es alegórica y que toda ella es expresión de una realidad moral). Las crónicas se escriben por muchos motivos, no siempre elevados, pero en general persiguen el objetivo de recordar los hechos notables y la perpetuación de la fama. En el renacimiento cobran importancia, junto a Horacio, autores que no habían sido valorados en la edad media, como Cicerón. Éste es pilar indiscutible sobre el que se apoyan todos los humanistas y no sólo lo toman como historiador sino como teórico de la historia. Para Cicerón, la historia es el recuerdo de los grandes hechos. Hay una responsabilidad moral en el historiador que concibe la historia como la maestra de la vida. Como afirma Baltasar de Castiglione, en el *Cortesano*, el fin más elevado que se pueden proponer las letras es el de conservar el recuerdo de los héroes del pasado y transmitirlo. Gonzalo Fernández de Oviedo es un moralista que entiende que la función de la historia es la de servir de *exemplum* a los lectores. Cieza de León piensa que la historia consiste en escribir las cosas memorables, “verdades y cosas de importancia, provechosas, muy gustosas”. Concibe la historia, por tanto, como una lección moral. Hernán Cortés o el Inca Garcilaso juzgan que la historia es instrumento para rescatar los hechos pasados dignos de recuerdo. La historia, señalaba Juan Luis Vives, no debe perpetuar las infamias, por tanto, es parcial y omitirá los hechos que no sean decorosos. Para José de Acosta la historia es un relato verídico que muestra los hechos del pasado con fines pedagógicos, esto es, enseñar a los lectores a que aborrezcan las malas acciones e imiten las buenas obras de los antepasados. Es decir, que el pasado es una lección para el presente. Como indica Valcárcel:

“La pretensión de que la obra historiográfica cumpla un papel educativo es un tópico compartido por la mayoría de los cronistas de Indias. Ninguno de ellos concibe la historia como un relato de hechos pasados

sin más objetivo que la propia presentación de los hechos historiadados. Antes bien, todos piensan que la historia como 'objeto para', principalmente como lección ética que censura las actitudes reprobables y alaba como dignos de imitación los hechos y comportamientos de los hombres buenos y rectos del pasado"¹⁰.

El concepto de la historia como historia moral tiene que ver con su interpretación providencialista. Ya san Agustín nos ofrecía tal noción al entender que Dios rige el mundo y todo ha sido ordenado por él, pues interviene en el quehacer histórico del hombre y, de forma directa, en la historia española. La visión providencialista y la prefiguración del cristianismo son los ejes mentales de los que parten todas las crónicas. Con respecto a la primera, Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista que ofrece una perspectiva de conjunto de América, no duda en dar una imagen de la grandiosidad de la naturaleza americana con objeto de alabar a Dios y así inscribir el descubrimiento de América en el orden providencial. Las obras de Bartolomé de Las Casas son, en este sentido, ejemplificadoras. Éste no sólo asevera que fue Colón el instrumento elegido por la providencia sino que busca el providencialismo hasta en cuestiones etimológicas acerca del nombre colombino. Francisco López de Gómara, el más humanista, entiende que el providencialismo rige el curso de la humanidad (cree incluso en la milagrería). El Inca Garcilaso no sólo sustenta la noción de providencialismo, sino que articula la idea de que los incas fueron los que prepararon el camino para el advenimiento de los españoles y, con ellos, del cristianismo. Cieza de León, Zárate y en fin todos los cronistas entienden la conquista como obra divina.

CRONISTAS DE INDIAS: ANTIGUOS Y MODERNOS

El primer texto donde aparece Colón como descubridor de América es el *Sumario de la natural historia de las Indias*, del historiador madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo, publicado en 1526. Fue el cronista oficial de la corona y por tanto su obra hay que leerla teniendo en cuenta tal servicio real. Su pensamiento es nacionalista e imperialista en su visión de la historia. No es extraño por tanto que parta de ciertas ideas fabulosas, que se apoyan en los clásicos antiguos, para lograr el sueño de conseguir un imperio hispánico.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en la introducción a la *Historia general y natural de las Indias*, en el capítulo III, desarrolla el tópico de que los antiguos conocían las Indias y habían escrito sobre ellas. Colón, por tanto, creyó saber a través de tales escritos que estas tierras estaban olvidadas y fue a buscarlas. Gonzalo

Fernández de Oviedo menciona a Aristóteles, que ya escribió sobre una isla que los mercaderes cartagineses hallaron, yendo hacia el mar Atlántico desde el estrecho de Gibraltar, y que no había sido descubierta jamás por nadie. Una isla paradisíaca, "toda silvestre y llena de grandes árboles y ríos maravillosos, muy fértil y abundante en todas las cosas que se pueden plantar y nacer y, nacidas, crecen en gran libertad". Para el cronista, no cabe duda de que la isla de la que habla Aristóteles, y después Teófilo de Ferrariis, el Cremonensis, es una de la de "nuestras Indias", La Española o Cuba. Recurre a los clásicos porque se fundamenta en la idea de la prefiguración del Nuevo Mundo y en el concepto de autoridad, como todos los cronistas. El ejemplo de los antiguos es fundamental y referencia obligada. Gonzalo Fernández de Oviedo no puede por menos que anotarlos, pues es de rigor la presencia constante de la antigüedad y el mito clásico, aunque sus propósitos son otros. Su nacionalismo le lleva a la sospecha, si cabe más fantástica, de que las Antillas pertenecían a la corona española desde hacía unos tres mil años. Las islas Hesperies son las islas de las Indias de España. Se nombraron Hespéridas o Hespéride, de Hespero, duodécimo rey de España. Las islas que se dicen Hespérides, "y que señalan Seboso y Solino y Plinio e Isidoro, se deben tener indudablemente por estas Indias, y haber sido del señorío de España desde el tiempo de Hespero", que fue rey de ella "mil seiscientos y cincuenta y ocho años antes que el Salvador del mundo naciese". Es Dios, dice Gonzalo Fernández de Oviedo, quien hizo volver este señorío a España a través de Cristóbal Colón.

Gonzalo Fernández de Oviedo escribe por intereses políticos. Con su tesis quería servir fielmente a la corona y alejar a los hijos de Colón de los derechos de herencia. Hernando Colón, que acompañó a su padre en el cuarto viaje, comenzó a escribir su obra, un mes después que apareciese la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, para refutar la idea de que las Indias descubiertas por su padre eran las antiguas Hespérides y que por tanto habían pertenecido desde siempre a la monarquía hispana¹¹. La crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo se escribió con fines pragmáticos. Parece ser que el propio emperador Carlos V agradecería al cronista las pesquisas realizadas para demostrar su idea imperialista y de extensión del reino hispánico¹².

Elemento controvertido por la contienda entre lascasismo y antilascasismo, a Gonzalo Fernández de Oviedo se le ha descrito como intrigante, vocero de los detractores del indio, afanoso "lucrador y atrabiliario, resentido, pedante y esnob"¹³. Su *Historia general y natural de las Indias* ha suscitado odios y desprecios, nacidos de la mano del padre las Casas, su peor enemigo. Esta competencia entre Gonzalo Fernández de Oviedo y Las Casas se remonta al año 1515 y repercutió en las obras de ambos. Las Casas le acusó de "conquistador, robañor y matador de

indios" y de ser engañosa su *Historia general* por divulgar falsos testimonios e infamar a los indios. La inquina de Las Casas vino también motivada porque Juan Ginés de Sepúlveda utilizó los comentarios de Gonzalo Fernández de Oviedo para propagar ideas antiindigenistas. El éxito de la obra del padre Las Casas repercutió muy negativamente en el aprecio que como historiador pudo haber tenido Gonzalo Fernández de Oviedo. Esta apreciación ha llegado hasta la actualidad, como se comprueba tras la lectura de los trabajos de Josefina Zoraida Vázquez¹⁴ o Tormo Sanz¹⁵. Ambos retratan a Gonzalo Fernández de Oviedo como apologista de la colonización imperialista y enemigo incondicional de los indios. De igual manera piensan Alberto Salas¹⁶ y Enrique D. Dussel. Es cierto que Gonzalo Fernández de Oviedo muestra muchos prejuicios antiindigenistas. En su *Historia* vitupera a los indígenas, se indigna por sus idolatrías y prácticas sodomíticas y destaca de ellos su torpeza, fealdad y poca memoria (libro III, cap. VI)

Las dotes de observación exacta y detallada son la principal virtud de Gonzalo Fernández de Oviedo. Los principios metodológicos que aplica a su obra son la experiencia, el haber sido testigo de vista, y la imitación de modelos de la literatura antigua. De ellos se sirvió para comprender mejor lo que narraba, lo desconocido. Gonzalo Fernández de Oviedo, poco conocedor de la literatura humanística contemporánea, siguió fielmente la *Historia natural* de Plinio.

La crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo ha sido criticada por su estructura caótica y fragmentaria. Se inicia con la descripción de la geografía, la fauna y la flora para terminar con la historia humana, a partir del descubrimiento de la región respectiva. Gonzalo Fernández de Oviedo es a la vez historiador, geógrafo, biólogo y etnólogo. La *Historia general y natural* es valiosa por la información etnográfica y porque supuso el primer esfuerzo de catalogación de la fauna y la flora. Pero como señala Turner, la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo es, sobre todo, una "aproximación geográfica a la historia".

La *Historia* tiene también un perfil autobiográfico, como muchas reflexiones y anécdotas personales o familiares, algunas de carácter fantástico.

Su interés y deslumbramiento ante la naturaleza responde a un modo de alabar a Dios y así inscribir el descubrimiento de América en un designio providencialista. Hay una visión de grandeza de la naturaleza americana que tendrá su continuación en *Rusticatio mexicana* del padre Landívar, en las *Silvas* de Andrés Bello o en el *Canto general* de Pablo Neruda. Gonzalo Fernández de Oviedo se muestra embargado por un poderoso sentimiento de la grandeza y armonía de la obra de Dios. El relato de los hechos humanos queda relegado en pos de la descripción

del Nuevo Mundo. Es por ello que sobre todo su *Historia* es geografía. Dio prioridad a la materia, al contenido, sobre el estilo o la forma; y a la verdad de su historia sobre la mentira de las fábulas y de los libros de caballería, a pesar de haber escrito él mismo, años antes, en 1519, una historia de caballeros andantes, *Muy esforzado e invencible caballero de la Fortuna propiamente llamado Don Ciaribalte*. No se cansa de repetir que es la verdad el fin que determina toda su obra. A pesar de ello, en su *Historia* aparecen hechos milagrosos y un gusto por la maravilla y el asombro.

Marcel Bataillon¹⁷ señaló rasgos erasmistas en la obra de Oviedo, sobre todo en la crítica que hace el madrileño de las actuaciones de los sacerdotes, más preocupados por enriquecerse que por predicar el evangelio. Simón Valcárcel¹⁸ le define como antirromanista, germanófilo, dominado por un pensamiento político religioso nacionalista, de cariz providencialista imperialista. Gonzalo Fernández de Oviedo deseaba que todo el mundo se sometiera a la monarquía imperial. Su sueño político era la consecución de una monarquía católica universal presidida por Carlos V que gobernara a todos los hombres del mundo. Valcárcel habla de su impulso idealista religioso imperialista. Karl Kohut busca revalorizar la figura de Gonzalo Fernández de Oviedo y defiende su calidad como historiador y su perfil humanista.

Karl Kohut lo califica de humanista por el conocimiento de la literatura antigua, por su tendencia antropocéntrica en las reflexiones personales que expresa en su obra, porque el yo empieza a tomar conciencia de sí mismo, y por la estructura caótica de su obra. Gonzalo Fernández de Oviedo pertenece más al paradigma medieval que al renacentista porque vivió y pensó el presente a la luz de ideas y convicciones del pasado. En su pensamiento se echa de menos una revisión crítica del pasado.

Bartolomé de Las Casas fue uno de los pocos cronistas que no ocultó el objetivo asiático de Colón. Al dominico no le preocupaba tener que demostrar que fue Colón el descubridor del Nuevo Mundo. El fin que persigue es verificar que fue Colón el elegido por Dios para cumplir el designio divino. Cuenta, en su *Historia de las Indias*, que Aristóteles, Platón, Alberto Magno, Avicena, San Anselmo, Ptolomeo, Alfragano, Estrabón fueron autoridades sobre las que posiblemente se apoyó Colón para legitimar su proyecto y para discutir sobre los "tópicos" consabidos: teorías acerca de la redondez del globo, la inhabitabilidad de la zona tórrida o la existencia de antípodas¹⁹.

Bartolomé de las Casas también parte, en sus crónicas, de las filosóficas autoridades. Resume lo que Aristóteles y Platón describieron sobre la existencia

de la llamada Isla del Atlántico. Platón, resume Las Casas, refiere la fertilidad, felicidad y abundancia de esta isla; los ríos, las fuentes, la llaneza, campiñas, montes, sierras, florestas, vergeles, frutos, ciudades, edificios, fortalezas, templos, casas reales, política, orden y gobernación, ganados, caballos, elefantes, metales riquísimos, excepto el oro. Esta visión paradisíaca, mítica y fantástica que tenían los antiguos y los contemporáneos acerca de la naturaleza pasará a convertirse en lugar común cada vez que se trate de las tierras ignotas.

Asimismo, también tiene en cuenta los textos clásicos y legendarios. Reafirmandose en las descripciones fabulosas de Pierre d'Ailly en su *Imago Mundi*, dirá que éste, y al igual que Ptolomeo, Solino y san Anselmo, cree que en la isla Taprobana existían montañas de oro vigiladas por dragones y monstruos. Colón afirmará que en la isla Taprobana, descrita por D'Ailly, se encontraba la región de Ofir, de donde Salomón volvió cargado de riquezas. Es decir, que hasta el propio Las Casas describe el Nuevo Mundo a través de visiones paradisíacas que provienen de la imaginaria clásica o medieval²⁰. Como indica Pupo-Walker, el pensamiento tanto de Colón, que cree descubrir el paraíso bíblico en los textos de Pierre d'Ailly, como el de Las Casas, estaba inspirado en la cosmografía teológica "que deriva parcialmente de los escritos de san Isidoro, Estrabón, san Ambrosio y otros fundadores del pensamiento escolástico"²¹.

Francisco López de Gómara fue, junto con Pedro Mártir, José de Acosta y el Inca Garcilaso de la Vega, uno de los cronistas más cultos y de pensamiento más moderno. "Cronista de oídas", pues nunca recorrió físicamente el Nuevo Mundo, letrado, historiador, humanista y buen conocedor de la historiografía grecolatina, se inspira también en los mitos clásicos y los impone. No hay que olvidar que, además, su *Historia general de las Indias* fue muy leída y alcanzó extraordinaria difusión en el siglo XVI.

Francisco López de Gómara divulga las cosmografías fabulosas de la antigüedad por diversas razones: porque admite el prestigio de los libros antiguos, es decir porque sigue el concepto de autoridad, porque fue un humanista devoto de la cultura, porque seguía el modelo de las anteriores crónicas y porque, no habiendo pisado nunca el Nuevo Mundo, su apoyo fundamental era la letra escrita. Su *Historia general de las Indias* es una vasta enciclopedia en el sentido de que se estructura a partir de constantes reseñas bibliográficas. Francisco López de Gómara acumula datos, su saber es enciclopédico. Inicia su *Historia* exponiendo las teorías (recurrentes en todos los cronistas) sobre la habitabilidad del mundo (frente a la idea pagana de la inhabitabilidad de ciertas zonas), su redondez (ya expuesta por Ptolomeo), la existencia de antípodas, el lugar donde se hallan las Indias, etc.

Para ello se apoya, insistentemente, tanto en los filósofos antiguos y modernos como en la Biblia.

La visión de Francisco López de Gómara también es, en muchos casos, lírica. Nos dice que en Islandia “brama el suelo y parece que gimen los hombres; así, piensan los isleños que allí se encuentra el purgatorio o que atormentan algunas almas”. O que “hay también dos fuentes notables, una que mana cierto licor como cera y otra de agua hirviendo que convierte en piedra lo que dentro echan, quedándose en su propia figura”. Esta visión poética se conjuga con la verdad histórica.

Francisco López de Gómara, letrado, también se deja llevar por profecías y cosmografías fabulosas y cree en el mito de la Atlántida. Sigue el cronista los diálogos *Timeo* y *Cricia*, donde Platón cuenta que hubo una isla antiquísima llamada Atlántida, en el mar Atlántico y Océano, mayor que África y Asia, y cuyos reyes señorearon gran parte de África y de Europa. Hundida la isla por un gran terremoto, desaparecidos los hombres, todo aquel territorio se convirtió en un gran cenagal que impidió la navegación por aquella región. Francisco López de Gómara señala que hay quien tiene esto por fábula y otros por historia verdadera. Pero al cronista no le cabe ninguna duda al respecto, “pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclara llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en México llaman al agua *Atl*, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla”. La conclusión de Francisco López de Gómara no se hace esperar: “Así que podemos decir cómo las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hespérides, ni Ofir y Tarsis como muchos modernos dicen”.

Francisco López de Gómara se sirvió del conocimiento de la historiografía grecolatina para escribir su crónica según los cánones humanistas. A pesar del nacionalismo que destila su obra, el cronista soriano acepta que el oro y la codicia de los españoles primaron en la conquista. A la riqueza añade otras dos motivaciones: la evangelización de los indígenas y la adquisición de fama y honra. La evangelización se fundamenta en un plan divino según el cual los indios son elegidos objeto de la gracia divina y los españoles los sujetos activos, agentes cristianizadores. El deseo de alcanzar fama y riqueza sólo afecta, en su criterio, a los conquistadores, no a los evangelizadores ni a los indios. Como explica, Valcárcel, “parece que la conversión de los indios es aceptada por Francisco López de Gómara como obvia y necesaria, el enriquecimiento de los conquistadores como inevitable y alcanzar fama como honroso y excitante, como no podía ser por menos en la percepción de un humanista”²². Para el clérigo, la conquista alcanza ribetes de gloria cuando, por sobre la codicia, se abre paso la inmortalidad de las hazañas

de los conquistadores y con ella la fama imperecedera, otorgada por Dios que los eligió para llevar a cabo la evangelización.

La mentalidad imperialista de Francisco López de Gómara hará que Bernal Díaz del Castillo se revuelva contra el clérigo.

Pero es, en mi opinión, el padre José de Acosta, de entre todos estos cronistas nacidos en España, el hombre de pensamiento más avanzado.

Como señala muy acertadamente Franklin Pease G. Y., los cronistas de los Andes pueden diferenciarse por su actitud frente a Pizarro o al Tawantinsuyu y su legitimidad, pero también por su mayor o menor acercamiento a los Andes, su conocimiento del quechua o el aymara o su ignorancia lingüística, su intento de comprender la vida andina o por la forma como se amoldaron simplemente a los criterios eurocéntricos. No todos, señala Franklin Pease, actúan con la firme voluntad de inaugurar la etnología en la región, que caracterizó por ejemplo al padre José de Acosta, o no interrogan las fuentes anteriores, confrontándolas con su propia experiencia, como hicieron de un lado el Inca Garcilaso y de otro el jesuita Bernabé Cobo²³.

José de Acosta, jesuita culto, dejó una importantísima crónica, *Historia natural y moral de las Indias*, cima del pensamiento indianista. Nacido en 1540, en Medina del Campo, con estancias en Italia, cursó estudios filosóficos y teológicos en Alcalá de Henares entre 1559 y 1567. La carrera del padre José de Acosta fue brillante. Durante estos años, adquirió la extensa y profunda cultura que denotarán sus escritos y que abarcó todas las ramas del saber humano del renacimiento, lo mismo en el campo de la teología, que de las Sagradas Escrituras, los padres de la Iglesia y concilios, el derecho canónico, las ciencias profanas, el derecho civil, las ciencias naturales y la historia²⁴. Se embarcó para las Indias en 1571²⁵. En Perú, José de Acosta brilló tanto en la cátedra como en el púlpito. Recorrió sus principales ciudades predicando y a la vez estudiando la situación religiosa y las necesidades espirituales de esas tierras. Aprendió quechua y conoció la situación moral de los indígenas. En 1586 se detuvo un tiempo en Nueva España. Allí realizó en simultáneo sus trabajos de predicación con el estudio de antigüedades mexicanas, como bien muestra en el libro VII de su *Historia natural y moral*. Permaneció un año en México. En 1587 llegó a Madrid y tuvo diversas entrevistas con Felipe II, quien oyó las largas relaciones e informaciones del padre José de Acosta. Fue a Roma y durante estos años comenzaron a imprimirse sus obras. En 1584 tenía realizados los trabajos *De natura novi orbis libri duo* y *De promulgatione Evangelio apud barbaros, sive de procuranda Indorum salute, libri sex*. Traducidos al español y

junto a cinco libros más que añadió el autor, resultó la composición de la *Historia natural y moral* de las Indias, impresa en Sevilla en 1590 y dedicada a la hija de Felipe II. Volvió a Madrid, viajó por España, hizo un segundo viaje a Roma como agente de Felipe II y volvió a España ejerciendo durante sus últimos años actividades principalmente literarias en Salamanca. Murió en 1600 a los 59 años de edad siendo rector del colegio de Salamanca.

Su *Historia natural y moral* se ha comparado con la de Gonzalo Fernández de Oviedo por la descripción del mundo natural americano. Nada más pueden tener en común dos pensamientos tan opuestos. José de Acosta representa el primer intento intelectual exitoso en la comprensión del Nuevo Mundo bajo pautas mentales cristiano-occidentales. Tuvo un extraordinario éxito a lo largo de los siglos XVII y XVIII y su obra se convirtió en una de las fuentes históricas más apreciadas, aunque su autor fuera acusado de plagio (acusación que se extiende a muchos otros cronistas). José de Acosta se inspiró en otros autores, como hicieron en general todos los cronistas, pese a que su obra se apoya en testimonios e informaciones directas que recogió en México. Su obra, erudita, trata sobre la realidad física, cultural e histórica del Nuevo Mundo, sobre consideraciones cosmológicas, bíblicas, morales. Incluyó en el libro noticias sobre la religión, las costumbres, la historia de los antiguos mexicanos, siguiendo, en ello, la autoridad del padre Juan de Tovar, jesuita mexicano que compuso la *Historia de los indios mejicanos*. A los estudios del padre Tovar se suman las informaciones del fraile dominico y cronista Diego Durán. Las relaciones de Polo de Ondegardo le fueron utilísimas para saber sobre la condición y costumbres de los indios y para escribir sobre Perú.

José de Acosta hace constar su respeto hacia las creencias religiosas de los indígenas. Su objeto es impugnar las acusaciones de aquellos que tienen a los indios por gente bestial, sin entendimiento. A partir del libro V empieza la *Historia moral* y estudia la naturaleza del hombre americano. Los libros V y VI versan sobre el Perú incaico.

José de Acosta tuvo un conocimiento profundo de la antigüedad, que le vino seguramente por su ingreso en la orden jesuítica. En su *Historia natural y moral de las Indias* enmienda muchas de las cuestiones en las que habían errado los antiguos o los padres de la iglesia. Así, se extraña de que siendo san Agustín tan aventajado en todas las ciencias naturales no acabe de aclarar si el cielo rodea la tierra de todas partes o no. En tanto Gonzalo Fernández de Oviedo se apoya esencialmente en Plinio, o el Inca Garcilaso de la Vega en Cicerón, José de Acosta tiene como columna vertebral de su obra a Aristóteles a quien considera eje de la

filosofía natural. Cuando éste es atacado porque sus opiniones son contrarias y repugnantes a la Divina Escritura²⁶, José de Acosta alega, a su favor, que tanto Aristóteles como otros antiguos “no se curaron tanto de las ciencias y demostraciones de filosofía atendiendo a otros estudios más importantes”.

El cronista rectifica lo que la geografía antigua, en concreto Aristóteles, su gran maestro, había expuesto acerca de la inhabilitad de la Zona Tórrida. Sobre la redondez del globo terráqueo, que negaban algunos filósofos antiguos cristianos, corrige la opinión bíblica de la siguiente manera: “basta pues, saber que en las Divinas Escrituras, no hemos de seguir la letra que mata, sino el espíritu que da vida, como dice San Pablo”. Enmienda a los padres de la doctrina cristiana, a Lactancio²⁷ y a san Agustín, al afirmar la existencia de las antípodas²⁸. De esta manera, entiende que su época supera a los antiguos y esta creencia en una evolución cognitiva le llevará a refutar no sólo a los paganos sino también a los padres de la iglesia e, incluso, ciertas afirmaciones de filosofía natural que aparecen en la Biblia. Esto no quiere decir que el cronista no partiera del concepto de autoridad por lo que respecta a la antigüedad clásica, de la misma manera que no deja de ser profundamente devoto por enmendar ideas bíblicas o de los primeros cristianos. Simón Valcárcel conjetura que para José de Acosta, “la Antigüedad no es un mito, sino una fase de la historia occidental que transmitió un conjunto de conocimientos casi siempre válidos más en muchas ocasiones revisables, tarea a la que él se aplica, en lo relativo a las Indias, con rigor pero sin acritud”²⁹. En las crónicas de Indias, se apunta la idea de superación de las teorías cosmográficas antiguas.

José de Acosta, como los demás cronistas, se basa también en la prefiguración del Nuevo Mundo y en el providencialismo de la historia. Buen conocedor de los textos clásicos, en el capítulo XI de su *Historia natural y moral de las Indias*, recorre las autoridades cristianas y paganas buscando indicios que den noticias del Nuevo Mundo. Señala que san Agustín, Lactancio, Aristóteles y Plinio, sintieron que había hombres que habitaban en los trópicos y que san Clemente (alega san Jerónimo escribiendo sobre la *Epístola a los efesios*, de san Pablo) profetizó “que pasado el mar océano, hay otro mundo y aun mundos”.

Basándose en autores graves, José de Acosta asombrado descubre en la tragedia *Medea*, de Lucio Anneo Séneca, indicios de la prefiguración del Nuevo Mundo. El cronista transcribe las estrofas: “Tras luengos años vendrá / un siglo nuevo y dichoso / que al Océano anchuroso / sus límites pasará. / Descubrirán grande tierra / verán otro Nuevo Mundo / navegando el gran profundo / que ahora el paso nos cierra”.

El comentario que hace a continuación es importante porque revela la importancia que concede a los clásicos, a quienes tiene por verdaderos maestros: “Esto canta Séneca en sus versos, y no podemos negar que al pie de la letra pasa así, pues los años luengos que dice, si cuentan del tiempo trágico, son al pie de mil cuatrocientos, y si del de Medea, son más de dos mil”. Y apostilla que “el océano anchuroso haya dado el paso” y que se “haya descubierto grande tierra, mayor que toda Europa y Asia, y se habite otro nuevo mundo, vémoslo por nuestros ojos cumplido, y en esto no hay duda”. José de Acosta dice que Séneca adivinó “con el modo de adivinar que tienen los hombres sabios y astutos”. Este pensamiento ilustra la concepción historiográfica del renacimiento que entiende que la verdad histórica se revela a ciertos hombres dotados de una visión poética que pueden acceder a una realidad espiritual, oculta y profética.

Siguiendo las creencias de la época, y fundamentándose en las Sagradas Escrituras, donde se afirma que de Ofir se traía oro finísimo y piedras muy preciosas, José de Acosta expone cómo muchos creen que la isla La Española que descubrió Colón era el Ofir de donde Salomón extrajo oro en abundancia. O no hay quien crea que Ofir es Perú, deduciendo “él un nombre del otro”. Sin embargo, José de Acosta, uno de los cronistas más modernos porque busca un equilibrio entre la autoridad, la imaginación o las ideas mentales y la verosimilitud o la razón experimentada, duda de tales conjeturas. Niega que pueda haber relación entre el Ofir de las Escrituras y Perú y lo hace oponiendo a los esquemas mentales de la época, la observación de la realidad, el empirismo. José de Acosta invierte el proceso que había seguido Colón, quien imponía la realidad mental sobre la física o empírica. Afirma José de Acosta:

“Las piedras tan preciosas, y aquella tan excelente madera, que nunca tal se vio en Jerusalén, cierto yo no lo veo, porque aunque hay esmeraldas escogidas, y algunos árboles de palo recio y olorosos; pero no hallo aquí cosa digna de aquel encarecimiento que pone la Escritura.

Siguiendo con su mentalidad racionalista y moderna, insiste:

Ni aun me parece que lleva buen camino pensar que Salomón, dejada la India oriental riquísima, enviase sus flotas a esta última tierra. Y si hubiera venido tantas veces, más rastros fuera razón que halláramos de ello”.

Con sus perspicaces observaciones, comenta más abajo que la razón principal que le mueve a pensar que Ofir no puede estar en la India occidental sino en la oriental

es “porque no podía venir acá la flota de Salomón sin pasar toda la India oriental y toda la China y otro infinito mar; y no es verosímil que atravesasen todo el mundo para venir a buscar acá el oro”.

Sorprende la audacia y lucidez de los razonamientos de José de Acosta a pesar de que, como señala Pupo-Walker, el registro de sus temas con frecuencia será fiel a los postulados de la historiografía medieval y la patristica³⁰. Sin embargo, en el cronista ya se perfila la idea de que las Sagradas Escrituras están escritas bajo forma alegórica y que, por tanto, no sólo son susceptibles de interpretación sino que pueden afirmar cosas opuestas y acomodarse de distintas maneras y a muy distintas cosas del nuevo orbe. No obstante, José de Acosta se atiene a la idea del providencialismo de la historia. Tras explicar la profecía de Abdías, admite que en las Sagradas Escrituras pueden buscarse, interpretarse, infinitos avisos del descubrimiento pues “el Espíritu Santo supo todos los secretos tanto antes” y es lógico pensar que “de un negocio tan grande como es el descubrimiento y conversión a la fe de Cristo del nuevo mundo, haya alguna mención en las Sagradas Escrituras”.

Señala cómo Juan Luis Vives basándose en san Agustín apunta que el paraíso bíblico, encontrado por Colón en su tercer viaje, debe de estar debajo de la Equinoccial. José de Acosta, muy sutilmente y de forma irónica, afirma que en verdad esa tierra es un paraíso pero no por divino o sobrenatural sino por su extraordinario clima: “Más dígoelo porque si algún paraíso se puede decir en la tierra es donde se goza un temple tan suave y apacible”. José de Acosta deja entrever la inexistencia del paraíso bíblico. Por otra parte está convencido de que es el clima, por apacible, saludable y alegre, el que haría que los hombres viviesen vida más descansada y agradable que la europea, fustigada por el mal de la codicia.

Sobre la llegada de los primeros pobladores de Indias, niega que los paganos pasaran el océano e intuye la existencia de lo que se conocería más tarde como el estrecho de Bering: “Así que no hay razón en contrario, ni experiencia que deshaga mi imaginación u opinión, de que toda la tierra se junta y continúa en alguna parte”³¹. Frente al Inca Garcilaso de la Vega, Francisco López de Gómara u otros cronistas, José de Acosta procura no utilizar fábulas (ni occidentales, ni aborígenes o americanas) para explicar los orígenes de las civilizaciones.

La *Historia natural y moral* es fruto de la admiración que sintió José de Acosta por la naturaleza americana y de su interés por las culturas indígenas. Es un gran naturalista y su obra hay que relacionarla con la literatura científica española. Observador excepcional, aprovechó sus largos viajes marítimos para tratar con

pilotos y cosmógrafos. José de Acosta, frente a otros cronistas, se pregunta continuamente por la causa de los vientos, el origen de los volcanes, las marcas y otros efectos naturales. Su extraordinaria curiosidad científica le lleva a la búsqueda de explicaciones que vayan más allá de las aseveraciones bíblicas. José de Acosta busca la causa primera del proceder de la naturaleza o bien apoyándose en la razón y la filosofía o a veces resolviendo tales cuestiones de un plumazo haciendo mención a la voluntad del Creador. Así, sobre los vientos habla de su virtud celeste, relacionándolos con el Espíritu Santo quien es la causadora y movedora del viento. En tierra firme, se informó sobre plantas, animales, lagos, corrientes de los ríos, vientos, etc. Visitó con curiosidad científica las minas de Huancavelica en Perú. Y todo ello fue exponiéndolo en su *Historia natural y moral*. Humboldt³² elogió la labor de José de Acosta por haber cultivado, en el siglo XVI, estudios sobre meteorología y física. Sus conocimientos al respecto le merecieron el título de fundador de la Física del Globo. El padre fray Benito Jerónimo Feijoo, en su discurso intitulado *Glorias de España*, dio a José de Acosta el dictado de Plinio del Nuevo Mundo. Fue también precursor de estudios geográficos que tuvieron vigencia y gozaron de autoridad durante muchos siglos. En su *Historia* apareció por primera vez la teoría de las cuatro líneas magnéticas sin declinación, consideraciones sobre la inflexión de las líneas isotérmicas y sobre la distribución del calor según la latitud, sobre la dirección de las corrientes y muchos otros fenómenos físicos.

Edmundo O'Gorman estudia cómo el pensamiento del jesuita, pese a la gran dosis de tradicionalismo aun para su época (ignora la gran revolución intelectual de las nuevas ideas cosmográficas copernicanas), no se encuentra como Gonzalo Fernández de Oviedo en ese arcaísmo recalcitrante e imperialista que impidió "a tantos la comprensión más penetrante de los múltiples problemas que planteaba a la cultura europea la aparición de América y la existencia de sus habitantes indígenas"³³. En cualquier caso, la avanzada actitud de José de Acosta es única entre los cronistas. Los demás omiten entrar en terreno escabroso que pueda chocar con las Escrituras o mejor dicho con el espíritu y las ideas de la Iglesia. José de Acosta incluso se atreve a formular una hipótesis evolucionista de las especies al preguntarse sobre animales que sólo existen en América.

José de Acosta hace constar su respeto hacia las creencias religiosas de los indígenas. Su objetivo es impugnar las acusaciones de aquellos que tienen a los indios por gente bestial, sin entendimiento. A partir del libro V empieza la *Historia Moral* y estudia la naturaleza del hombre americano. Los libros V y VI versan sobre el Perú incaico. Como indica Francisco Mateos³⁴, hay un vínculo misionero

entre una y otra historia y es que lo natural sirva de preparación al evangelio y al conocimiento de la naturaleza y los hombres de Indias hagan más eficaz el ministerio apostólico.

Su pensamiento muestra un intento de renovación cultural y una actitud comprensiva hacia los indios, cautelosa, lejos de fanatismos o polémicas. Siente admiración por las civilizaciones mexicanas y peruanas y cree en la racionalidad de los indios.

Puede decirse que en José de Acosta, a diferencia de los demás cronistas, no habrá una total trasposición de los esquemas mentales con que se pensaban las cosas europeas a las del Nuevo Mundo. Posiblemente, su acierto más grande radica en que vio verdaderamente un Mundo Nuevo que debía regirse por sus propias leyes, costumbres y gobierno, con explicación en sí mismo. □

Notas

- 1 El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la Contrarreforma y el manierismo. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1963.
- 2 Claudio Ptolomeo de Alejandría fue el más prestigioso de todos los científicos de la antigua Roma y la autoridad más duradera en astrología. Ptolomeo vivió en Egipto durante los imperios de Adriano y de Marco Aurelio. Su visión del universo fue la que se popularizó durante la edad media. El mundo representado por Dante en La divina comedia proviene directamente de su tratado de astrología Almagesto. Su Geografía abrió nuevos caminos por su relación sistemática de los lugares de acuerdo a la latitud y la longitud. Los árabes comprendieron la grandeza de Ptolomeo y lo introdujeron en Occidente.
- 3 José Antonio Maravall. Estudios de historia del pensamiento español. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1973.
- 4 Señala Maravall que san Jerónimo llegó a decir que los cristianos necesitan de los clásicos para sostener sus argumentos cristianos. Homero, Sócrates, Platón prefiguraron el cristianismo. Los filósofos antiguos, según san Agustín, con sólo cambiarles unas pocas palabras se vuelven cristianos. De ahí la cristianización del platonismo, el socratismo y el estoicismo. Ibídem.
- 5 Edmundo O'Gorman. La invención de América. México: FCE, 1958.
- 6 Pedro Mártir. Décadas del Nuevo Mundo. Buenos Aires, 1944; Madrid: Polifemo, 1989.
- 7 Cristóbal Colón. "Memorial enviado a los Reyes con A. Torres", en M. Fernández de Navarrete. Colección de viajes y descubrimientos. Madrid, 1954.

- 8 Maravall, Op. cit., p. 297.
- 9 Simón Valcárcel. Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista. Granada: Diputación provincial de Granada. 1997. p. 102.
- 10 Valcárcel, Op. cit., p. 394.
- 11 *Es por consiguiente, y como tantos escritos, relaciones, crónicas, etc., un trabajo de refutación, controversia y polémica para restablecer la verdad. Hernón Colón debe defender la figura de su padre, atacada también, como puede verse en los pleitos que sostuvieron los fiscales de la corona en los que se planteaba si la gloria del descubrimiento pertenecía a Martín Alonso Pinzón o a Colón.*
- 12 Véase el estudio introductorio y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso. "Vidas y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", en Historia general y natural de las Indias. Madrid: BAE, 1959. t. 117.
- 13 Véanse los estudios de Katheleen Romoli. Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, Madrid, 1955; Manuel Giménez Fernández. Bartolomé de Las Casas, delegado de Cisneros para la reorganización de las Indias. Sevilla, 1953; Lewis Hanke. Las Casas, historiador, prólogo a Historia de las Indias. México, 1951; Enrique Otte. "Aspiraciones y actividades heterogéneas de Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo", Revista de Indias, 1958, No. 71.
- 14 Josefina Zoraida Vázquez Vera. "El indio americano y su circunstancia en la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo". Revista de Indias, 1957. 17: 512.
- 15 Leandro Tormo Sanz. "La cristianización de las Indias en la Historia de Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo", en Francisco de Solano y Fermín del Pino. América y la España del siglo XVI. Madrid: CSIC, 1982-1983. Véase también de Giuliano Soria. Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo e il problema del Indio. La historia general y natural de las Indias. Roma: Bulzoni, 1989; y el estudio de Karl Kohut. "Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador y literato: humanismo, cristianismo e hidalguía", en Historia y ficción: crónicas de América. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992.
- 16 Alberto Sulas M. Tres cronistas de Indias. México: FCE, 1959; Enrique D. Dussel. Introducción general a la historia general de la Iglesia en América Latina. Salamanca: Sígueme, 1983.
- 17 Véase Marcel Bataillon. Erasmo y España. México: FCE, 1966.
- 18 Valcárcel, Op. cit., pp. 58 y 59.
- 19 *La teoría clásica sobre las antípodas describía una infranqueable zona ardiente alrededor del Ecuador que nos separaba de una región habitada al otro lado del globo. Esta provocó en el pensamiento cristiano serias dudas sobre la redondez de la tierra. La raza que vivía más abajo de aquella tórrida zona no podía, como es evidente, pertenecer a la raza de Adán, ni a la de aquellos redimidos por el designio de Cristo. Si uno creía que el arca de Noé se había posado en el monte Avarat, al norte del Ecuador, entonces era imposible que criaturas vivientes hubiesen llegado a las antípodas. Los fieles cristianos,*

para evitar caer en la herejía, preferían creer que no podía haber antípodas y si era necesario hasta pensaban que la tierra no era una esfera.

- 20 *Las Casus? Apologética historia sumaria. México: UNAM, 1967*
- 21 *Enrique Pupo-Walker. La vocación literaria del pensamiento histórico en América, Madrid: Gredos, 1982. p. 47.*
- 22 *Volcárcel. Op. cit., p. 151*
- 23 *Franklin Pease G. Y. "Las crónicas y los Andes", Revista de crítica literaria latinoamericana, 1988 (Lima). Año XIV, No. 28, segundo semestre: 123.*
- 24 *Véase la "Introducción y estudio del padre Francisco Mateos", a la edición Historia natural y moral. Madrid. BAE, 1954, tomo 73.*
- 25 *Sobre la biografía de José de Acosta pueden consultarse los estudios de José Rodríguez Carracino. El padre José de José de Acosta y su importancia en la literatura científica española. Madrid, 1899; León Lopetegui. El padre José de José de Acosta, S. I. y las misiones. Madrid, 1942. Véase también el estudio de Edmundo O'Gorman. "Joseph de José de Acosta", en Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI. México: Alhambra Mexicana, 1989.*
- 26 *La teoría de Aristóteles sobre la inhabitabilidad de ciertas zonas, debido a su enorme autoridad, fue la que prevaleció en la antigüedad. Se trataba de la famosa división del globo terrestre de acuerdo con las cinco zonas del cielo: las dos polares, las dos templadas y la intermedia, llamada la zona tropical, tórrida o quemada. Suponían que únicamente eran habitables las zonas templadas, las comprendidas entre los círculos árticos y los círculos de los trópicos. Como indica O'Gorman, el cristianismo rechazó el absolutismo de la antigua doctrina de la inhabitabilidad de ciertas zonas de la tierra introduciendo la noción fundamental del hombre como responsable de su propia vida y de su destino. En la época del Inca Garcilaso, sin embargo, la discusión sobre la pluralidad de mundos ya no tenía sentido pues hacía mucho que los padres de la Iglesia habían desechado las teorías de Platón, Aristóteles y Ovidio sobre el tema, tachándolas de heréticas.*
- 27 *El venerado Lactancio, el "Cicerón cristiano", a quien Constantino eligió como tutor de su hijo, preguntaba: "¿Puede alguien ser tan necio como para creer que hay hombres cuyos pies están más altos que sus cabezas, o lugares donde las cosas pueden colgar cabeza abajo, los árboles crecer al revés y la lluvia caer hacia arriba? ¿Dónde estaría lo maravilloso de los jardines colgantes de Babilonia, si admitiéramos la existencia de un mundo colgante en las antípodas?"*
- 28 *San Agustín, san Juan Crisóstomo y otros de su misma talla estuvieron completamente de acuerdo en que las antípodas (anti podos, un lugar donde los pies de los hombres se encontraban en sentido opuesto) no podían existir. Un cristiano no podía considerar la posibilidad de que ciertos hombres no fuesen descendientes de Adán, o de que pudiesen estar tan aislados por los fuegos tropicales que el evangelio de Cristo no llegase a ellos. En la fe cristiana no cabían seres que Adán o Cristo no hubiesen conocido. La creencia en las antípodas llegó a ser acusación habitual contra los herejes destinados a la hoguera.*
- 29 *Volcárcel. Op. cit., p. 98.*

30 Pupo-Walker, Op. cit., p. 89.

31 José de Acosta. *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: *Historia* 16. 1987, p. 113.

32 En Menéndez: Pelayo. *Obras*, VII, Madrid, 1952, pp. 106 a 138.

33 Véase el estudio preliminar de la edición de Ednundo O'Gorman. *Historia natural y moral de las Indias*. México: FCE, 1962. Véase también su prólogo a Gonzalo Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, México. *Biblioteca del Estudiante Universitario*. UNAM, 1946.

34 Introducción de Francisco Mateos. Op. cit., p. 38.

Bibliografía

ACOSTA, José de
1954

Introducción y estudio del padre Francisco Mateos, a la edición *Historia natural y moral*. Madrid: BAE, tomo 73.

1987

Historia natural y moral de las Indias. Madrid: *Historia* 16.

BATAILLON, Marcel
1966

Erasmus y España. México: FCE.

CASAS, Bartolomé de las, fray
1967

De las antiguas gentes del Perú capítulos de la "Apologética Historia Sumaria" antes del año de 1555. México: UNAM.

COLÓN, Cristóbal
1954

"Memorial enviado a los Reyes con A. Torres", en M. Fernández de Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos*. Madrid.

DUSSEL, Enrique D.
1983

Introducción general a la historia general de la Iglesia en América Latina. Salamanca: Sígueme.

FRANKL, Victor
1963

El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y el manierismo. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica.

- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo
1946 *Sucesos y diálogo de la Nueva España*. México: Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM.
- GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel
1953 *Bartolomé de Las Casas, delegado de Cisneros para la reformación de las Indias*. Sevilla.
- HANKE, Lewis
1951 "Las Casas, historiador". Prólogo a *Historia de las Indias*. México.
- KOHUT, Karl
1992 "Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador y literato: humanismo, cristianismo e hidalguía", en *Historia y ficción: crónicas de América*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- LOPETEGUI, León
1942 *El padre José de José de Acosta, S. J. y las misiones*. Madrid.
- MARAVALL, José Antonio
1973 *Estudios de historia del pensamiento español*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- MÁRTIR, Pedro
1944 *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires.
1989 *Décadas del Nuevo Mundo*. Madrid: Polifemo.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
1952 *Obras*. Madrid.
- O'GORMAN, Edmundo
1958 *La invención de América*. México: FCE, 1958.
1989 "Joseph de José de Acosta", en *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI*. México: Alhambra Mexicana.
- OTTE, Enrique
1958 "Aspiraciones y actividades heterogéneas de Fernández de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Revista de Indias*, No. 71.

- PEASE G. Y., Franklin
1958 "Las crónicas y los Andes", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. (Lima), Año XIV, No. 28. segundo semestre.
- PÉREZ DE TUDELA Y BUESO, Juan
1959 "Vidas y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo", en *Historia general y natural de las Indias*. Madrid: BAE. t. 117.
- PUPO-WALKER, Enrique
1982 *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid: Gredos.
- RODRÍGUEZ CARRACIDO, José
1899 *El P. José de Acosta y su importancia en la literatura científica española*. Madrid.
- ROMOLI, Katheleen
1955 *Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico*. Madrid.
- SALAS M., Alberto
1959 *Tres cronistas de Indias*. México: FCE.
- SORJA, Giuliano
1989 *Fernández de Oviedo e il problema del Indio. La historia general y natural de las Indias*. Roma: Bulzoni.
- TORMO SANZ, Leandro
1982-1983 "La cristianización de las Indias en la Historia de Fernández de Oviedo", en Francisco de Solano y Fermín del Pino. *América y la España del siglo XVI*. Madrid: CSIC.
- VALCÁRCEL, Simón
1997 *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*. Granada: Diputación provincial de Granada.
- VÁZQUEZ VERA, Josefina Zoraida
1957 "El indio americano y su circunstancia en la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo", *Revista de Indias*, 17.